

Preludio a la Fundación

Isaac Asimov

Traducción:
Marta García Martínez



Título original: *Prelude to Foundation*
Primera edición

© Isaac Asimov, 1988

Ilustración de cubierta: Opalworks

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-495-3 Depósito Legal: B-27393-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A Jennifer «Lápiz Verde» Brehl,
la mejor editora y la más trabajadora
del mundo entero.

Índice

Matemático	11
Huida	31
Universidad.....	49
Biblioteca	63
Borde Superior	81
Rescate	101
Micogen	115
Maestro Solar	133
Microgranja	151
Libro	169
Sacratorium	187
Aguilera	207
Pozo de calor.....	227
Billibotton	249
De incógnito	267
Agentes	283
Wye	299
Derrocamiento.....	317
Dors	333

Nota del autor

Cuando escribí *Fundación*, que apareció en el número de mayo de 1942 de *Astounding Science Fiction*, no tenía ni idea de que había comenzado una serie de historias que terminaría convirtiéndose en seis volúmenes y 650.000 palabras (hasta ahora). Y tampoco tenía ni idea de que se unificaría con la serie de historias cortas y novelas de robots, además de las novelas sobre el Imperio Galáctico, hasta alcanzar un total (hasta ahora) de catorce volúmenes y cerca de 1.450.000 palabras.

El lector verá, si estudia las fechas de publicación de estos libros, que hubo un paréntesis de veinticinco años entre 1957 y 1982 en el que no añadí nada a esta serie. No fue porque dejara de escribir. De hecho, escribí a toda velocidad durante ese cuarto de siglo, pero escribí otras cosas. El que regresara a la serie en 1982 no fue idea mía, sino el resultado de una serie de presiones combinadas de lectores y editores que al final se hicieron abrumadoras.

En cualquier caso, la situación se ha hecho lo bastante complicada como para que tenga la sensación de que es posible que los lectores agradezcan una especie de guía de la serie, ya que no se escribieron en el orden en que (quizá) deberían leerse.

Los catorce libros, todos publicados en Estados Unidos por Doubleday and Company, Inc., ofrecen una especie de historia del futuro, que quizá no sea del todo coherente puesto que, ya para empezar, no planifiqué coherencia alguna. El orden cronológico de los libros en términos de historia futura (y no de fecha de publicación) es el siguiente.

1. *El robot completo* (1982). Es una colección de treinta y una historias cortas sobre robots publicadas entre 1940 y 1976 y que incluye todas las historias de mi anterior colección, *Yo, robot* (1950). Desde la publicación de esta colección solo he escrito una historia corta sobre robots, *Sueños de robot*, que no se ha publicado todavía en ninguna de las colecciones de Doubleday.

2. *Bóvedas de acero* (1954). Es la primera de mis novelas sobre robots.

3. *El sol desnudo* (1957). La segunda novela sobre robots.

4. *Los robots del amanecer* (1983). La tercera novela sobre robots.

5. *Robots e Imperio* (1985). La cuarta novela sobre robots.

6. *Las corrientes del espacio* (1952). La primera de mis novelas sobre el Imperio.

7. *En la arena estelar* (1951). La segunda novela sobre el Imperio.
8. *Un guijarro en el cielo* (1950). La tercera novela sobre el Imperio.
9. *Preludio a la Fundación* (1988). Es la primera novela sobre la Fundación (aunque la última escrita hasta ahora).
10. *Fundación* (1951). La segunda novela sobre la Fundación. De hecho, es una colección de cuatro historias publicadas en un principio entre 1942 y 1944, además de una introducción escrita para el libro en 1949.
11. *Fundación e Imperio* (1952). La tercera novela sobre la Fundación, compuesta por dos historias publicadas en un principio en 1945.
12. *Segunda Fundación* (1953). La cuarta novela sobre la Fundación, compuesta por dos historias publicadas en un principio en 1948 y 1949.
13. *Los límites de la Fundación* (1982). La quinta novela sobre la Fundación.
14. *Fundación y Tierra* (1983). La sexta novela sobre la Fundación.

¿Voy a añadir nuevos libros a la serie? Es posible. Hay espacio para otro libro entre el 5 y el 6 y entre el 9 y el 10 y, por supuesto, también entre otros. Y luego puedo añadirle al 14 nuevos volúmenes. Todos los que quiera.

Como es natural tiene que haber un límite porque no espero vivir para siempre, pero sí que tengo intención de aguantar todo lo posible.

Matemático

Cleón I – Último emperador galáctico de la dinastía Autun. Nacido en 11988 E. G., el mismo año que Hari Seldon. (Se cree que la fecha de nacimiento de Seldon, que algunos consideran dudosa, puede haberse ajustado para que se correspondiera con la de Cleón, con quien se supone que se encontró Seldon poco después de su llegada a Trantor.)

Tras subir al trono imperial en 12010, a los veintidós años, el reino de Cleón I representó un curioso intervalo de paz en esos tiempos turbulentos. Lo que sin duda se debe a la habilidad de su jefe de Estado Mayor, Eto Demerzel, que se ocultó con tanto cuidado de las investigaciones de los archivos públicos que poco se sabe sobre él.

El propio Cleón...

—Enciclopedia Galáctica¹

1

Cleón reprimió un leve bostezo antes de hablar.

—Demerzel, ¿por casualidad has oído hablar de un hombre llamado Hari Seldon?

Cleón era emperador desde hacía poco más de diez años y en algunos acontecimientos solemnes, cuando se vestía con las necesarias túnicas y atributos reales, conseguía parecer hasta majestuoso. Como por ejemplo en la holografía de sí mismo que se alzaba en el hueco de la pared que tenía detrás. Estaba colocada de tal modo que

¹ Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica reproducidas aquí se han extraído de la 116.ª edición, publicada en el año 1020 E. F., en Términus, por Ediciones Enciclopedia Galáctica, S. A., con permiso de los editores.

dominaba los demás vanos donde se albergaban las holografías de varios de sus ancestros.

La holografía no era del todo honesta pues aunque el cabello de Cleón era de un color castaño claro, tanto en el holograma como en la realidad, era un poco más espeso en la holografía. Había cierta asimetría en la cara real, el lado izquierdo del labio superior se alzaba un poco más que el derecho, pero, por alguna razón, eso no se había plasmado en la holografía. Y si se hubiera levantado y colocado junto a la holografía, se habría visto que medía dos centímetros menos que el metro con ochenta y tres que retrataba la imagen, y quizá estaba un poco más fornido.

Claro que la holografía era el retrato oficial de la coronación y por aquel entonces él era más joven. Todavía parecía joven, y además bastante atractivo, y cuando no se encontraba entre las despiadadas garras del protocolo oficial, había una especie de amabilidad vaga en su rostro.

—¿Hari Seldon? —preguntó Demerzel con el tono respetuoso que cultivaba con todo cuidado—. No es un nombre que me resulte familiar, mi señor. ¿Debería conocerlo?

—El ministro de Ciencias me lo mencionó anoche. Pensé que quizá lo conociese.

Demerzel frunció el ceño un poco, pero solo un poco, pues no se frunce el ceño en presencia del emperador.

—El ministro de Ciencias, mi señor, debería haber hablado de ese hombre conmigo, no con vos, como jefe de Estado Mayor que soy. Si empiezan a bombardearos por todas partes...

Cleón levantó la mano y Demerzel se detuvo al instante.

—Por favor, Demerzel, no se puede andar siempre con formalidades. Me crucé con el ministro en la recepción de anoche, intercambié unas palabras con él y el hombre rebosaba alegría. No podía negarme a escuchar y me alegré de haberlo hecho, era muy interesante.

—¿Interesante de qué modo, mi señor?

—Bueno, ahora no es como en los viejos tiempos, cuando la ciencia y las matemáticas estaban de moda. Ese tipo de cosas parece haber muerto ya, por alguna razón. Quizá porque ya se ha descubierto todo, ¿no crees? Al parecer todavía pueden ocurrir cosas interesantes. Al menos me dijeron que era interesante.

—¿Os lo dijo el ministro de Ciencias, mi señor?

—Sí. Dijo que el tal Hari Seldon había asistido a un congreso de matemáticos celebrado aquí, en Trantor, al parecer lo hacen cada diez años, por algún motivo, y dijo que había resultado ser un hombre que podía predecir el futuro, de forma matemática.

Demerzel se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—O bien el ministro de Ciencias, un hombre de poco tino, está errado o lo está el matemático. El asunto de predecir el futuro es el sueño de un niño que cree en la magia, seguro.

—¿Lo es, Demerzel? La gente cree en ese tipo de cosas.

—La gente cree en muchas cosas, mi señor.

—Pero creen en ese tipo de cosas. Por tanto, no importa si es cierto o no que puede predecir el futuro. Si un matemático me predijese un reino largo y feliz, una era de paz y prosperidad para el Imperio... Bueno, ¿no estaría bien?

—Sería agradable oírlo, desde luego, ¿pero qué lograría, mi señor?

—Pero seguro que si la gente lo creyera, obraría de acuerdo con tal creencia. Muchas profecías, por la mera fuerza de los que creen en ellas, se transmutan en hechos. Son «profecías cuya propia naturaleza las hace susceptibles de cumplirse». De hecho, ahora que lo pienso, fuiste tú el que me lo explicaste en cierta ocasión.

—Creo que así fue, mi señor —dijo Demerzel. Sus ojos observaban al emperador con atención, como si quisiera comprobar hasta dónde podría llegar solo—. Con todo, si ese es el caso, se podría hacer que cualquiera cumpliera la profecía.

—No a todos se les creería de igual manera, Demerzel. A un matemático, sin embargo, que podría respaldar su profecía con formulas y terminología matemática, quizá no lo entendiera nadie y, sin embargo, lo creyeran todos.

—Como siempre, mi señor —dijo Demerzel—, lo que decís tiene sentido. Vivimos en tiempos conflictivos y convendría serenarlos de un modo que no requiriese dinero ni esfuerzos militares, cosas ambas que, en la historia reciente, no han hecho mucho bien y sí mucho daño.

—Exacto, Demerzel —dijo el emperador con gran emoción—. Tráete aquí a ese tal Hari Seldon. Me dices que tienes hilos que se estiran por todo rincón de este conflictivo mundo, incluso allí donde mis fuerzas no osan ir. Tira de uno de esos hilos, pues, y trae a ese matemático. Quiero conocerlo.

—Así lo haré, mi señor —dijo Demerzel, que ya había garantizado la presencia de Seldon en palacio y que tomó nota mental de felicitar al ministro de Ciencias por un trabajo bien hecho.

2

No se podía decir que la presencia de Hari Seldon impresionara mucho en aquella época. Al igual que el emperador Cleón, tenía treinta y dos años, pero solo medía un metro y setenta y tres centímetros. Su rostro era liso y alegre, su cabello de color castaño oscuro, casi negro, y su ropa tenía un toque provinciano inconfundible.

A cualquiera que en tiempos posteriores conoció a Hari Seldon solo como un semidiós legendario le parecería casi un sacrilegio que no tuviera el cabello blanco,

y un rostro anciano y lleno de arrugas, una sonrisa serena que irradiara sabiduría y que no estuviera sentado en una silla de ruedas. Pero incluso entonces, en su senectud, sus ojos habían sido alegres. Siempre quedaba eso.

Y sus ojos eran especialmente alegres en ese instante, con treinta y dos años, ya que había dado su conferencia en el Congreso del Decenio. Incluso había suscitado cierto interés, aunque de un modo distante, y el viejo Osterfith lo había saludado con la cabeza y le había dicho «Ingenioso, joven. Muy ingenioso». Cosa que, viniendo de Osterfith, era satisfactorio. Muy satisfactorio.

Pero allí tenía una novedad, bastante inesperada por cierto, y Seldon no sabía muy bien si debería incrementar su alegría e intensificar su satisfacción o no.

Se quedó mirando al joven alto de uniforme, con la astronave y el sol colocado con esmero en el lado izquierdo de la guerrera.

—Teniente Alban Wellis—dijo el oficial de la Guardia del Emperador, y se guardó la identificación—. ¿Quiere venir conmigo, señor?

Estaba armado, por supuesto. Había otros dos guardias en el pasillo. Seldon sabía que no tenía alternativa a pesar de toda la cortesía informal del otro, pero no había razón para que no pidiera un poco más información.

—¿Para ver al emperador? —preguntó.

—Para que lo llevemos a palacio, señor. Hasta ahí llegan mis instrucciones.

—¿Pero por qué?

—No me han dicho el motivo, señor. Y tengo instrucciones estrictas de que debe acompañarme, de un modo u otro.

—Pero parece que me están arrestando. Y yo no he hecho nada que lo justifique.

—Digamos más bien que parece que le han concedido una escolta de honor, si no me demora usted más.

Seldon no se demoró. Apretó los labios como si quisiera impedir la formulación de nuevas preguntas, asintió y dio un paso más. Incluso si iba a conocer al emperador y a recibir el elogio imperial, no encontró motivo alguno de regocijo. Estaba a favor del Imperio, es decir, a favor de los mundos de la humanidad unidos en paz, pero no a favor del emperador.

El teniente se puso en camino delante de él y los otros dos detrás. Seldon sonrió a las personas junto a las que pasaba e incluso consiguió no parecer preocupado. Una vez fuera del hotel se metieron en un vehículo terrestre oficial. (Seldon pasó la mano por la tapicería, jamás había estado en nada tan recargado.)

Estaban en una de las secciones más acaudaladas de Trantor. La cúpula era lo bastante alta como para dar la sensación de estar en un espacio abierto y se podría jurar (incluso podría jurarlo alguien como Hari Seldon, que había nacido y se había criado en un mundo abierto) que se podía disfrutar de los rayos del sol. No se veía sol alguno ni tampoco sombras, pero el aire era ligero y lleno de fragancias.

Y entonces pasó, la cúpula se cerró, las paredes se acercaron y empezaron a desplazarse por un camino cerrado, marcado a intervalos regulares por la astronave y el sol, y claramente reservado (pensó Seldon) para vehículos oficiales.

Se abrió una puerta y el vehículo terrestre la cruzó a toda velocidad. La puerta se cerró tras ellos y se encontraron en un espacio abierto, pero abierto de verdad. Había solo doscientos cincuenta kilómetros de espacio abierto en Trantor, el único espacio abierto que había y que era donde se alzaba el Palacio Imperial. A Seldon le hubiera gustado tener la oportunidad de vagar por los terrenos abiertos, no por el palacio sino porque también contenían la Universidad Imperial y lo más intrigante de todo, la Biblioteca Galáctica.

Y sin embargo, al pasar del mundo cerrado de Trantor al terreno abierto de bosques y parques había entrado en un mundo en el que las nubes oscurecían el cielo, y un viento gélido le agitó la camisa. Apretó el botón que cerraba la ventanilla del vehículo terrestre.

Fuera hacía un día deprimente.

3

Seldon no estaba muy seguro de que fuera a conocer al emperador. En el mejor de los casos conocería a algún funcionario. Un funcionario de cuarto o quinto nivel que afirmarían hablar en nombre del emperador.

¿Cuántas personas llegaban a ver al emperador? En persona, no en una holovisión. ¿Cuántas personas veían al emperador de verdad, al tangible, a un emperador que nunca dejaba los terrenos imperiales por los que él, Seldon, rodaba en esos momentos?

El número era desesperadamente pequeño. Veinticinco millones de mundos habitados, cada uno con su carga de mil millones de seres humanos o más, y entre todos esos cuatrillones de seres humanos, ¿cuántos habían posado los ojos, o llegarían a posarlos alguna vez, sobre el emperador en persona? ¿Mil?

¿Y le importaba a alguien? El emperador no era más que un símbolo del Imperio, como la astronave y el sol pero mucho menos penetrante, mucho menos real. Eran sus soldados y funcionarios, que se metían por todas partes, los que representaban a un Imperio que se había convertido en un peso muerto sobre su pueblo, no el emperador.

Así que cuando acompañaron a Seldon a una sala de tamaño moderado y mobiliario lujoso y encontró a un hombre de aspecto joven sentado al borde de una mesa en un hueco con ventanas, con un pie en el suelo y el otro balanceándose en el aire, el matemático empezó a preguntarse si un funcionario iba a mirarlo de un modo tan insulso y amistoso. Él ya lo había experimentado una y otra vez: todos los funcionarios gubernamentales, y sobre todo los que estaban al servicio del Imperio, estaban siempre muy serios, como si soportaran el peso de la Galaxia entera sobre sus hombros. Y parecía que cuanto menor fuera su puesto en la jerarquía, más grave y amenazante era su expresión.

Aquel, por tanto, podría ser un funcionario tan bien situado jerarquía, con el sol del poder iluminándolo con tal fuerza, que no sentía la necesidad de contrarrestarlo con nubes de ceños fruncidos.

Seldon no estaba muy seguro de hasta qué punto debería sentirse impresionado, pero tenía la sensación de que lo mejor sería guardar silencio y dejar que el otro hablara antes.

—Usted es Hari Seldon, creo —dijo el joven—. El matemático.

Seldon respondió con un lacónico «Sí, señor» y esperó otra vez.

El joven agitó un brazo.

—Tendría que ser «mi señor» pero odio el protocolo. Siempre es lo mismo y yo ya estoy harto. Estamos solos, así que me voy a dar el lujo de olvidarme del protocolo. Siéntese, profesor.

A medio discurso Seldon se dio cuenta de que estaba hablando con el emperador Cleón, primero de ese nombre, y sintió que le faltaba el aliento. Había un ligero parecido (ahora que se fijaba) con la holografía oficial que aparecía constantemente en las noticias, pero en la holografía Cleón siempre estaba vestido de forma imponente y parecía más alto, más noble, con la expresión impasible.

Y allí estaba, el original de la holografía y la verdad era que parecía bastante normal.

Seldon no se movió.

El emperador frunció un poco el ceño y, acostumbrado como estaba a mandar incluso cuando intentaba suprimir el instinto, al menos por un tiempo, dijo en tono perentorio:

—He dicho que se siente, hombre. En esa silla. Rápido.

Seldon se sentó, incapaz de hablar. Ni siquiera fue capaz de decir, «Sí, mi señor».

Cleón sonrió.

—Eso está mejor. Ahora podemos hablar como dos seres humanos en igualdad de condiciones que, después de todo, es lo que somos una vez que se elimina el protocolo, ¿eh, amigo mío?

—Si a su majestad imperial le place decirlo, así será —dijo Seldon con cautela.

—Oh, vamos, ¿por qué es tan cauto? Quiero hablar con usted de igual a igual. Y es mi voluntad hacerlo. Complázcame.

—Sí, mi señor.

—Un simple «sí», hombre. ¿No hay forma de que pueda llegar a usted?

Cleón se quedó mirando a Seldon y este pensó que era una mirada llena de vida e interés.

Al fin el emperador volvió a hablar.

—No parece matemático.

Seldon se encontró por fin capaz de sonreír.

—No sé qué aspecto se supone que tiene un matemático, maj...

Cleón levantó una mano a modo de advertencia y Seldon contuvo el título honorífico.

—Con el pelo blanco, supongo —dijo Cleón—. Con barba, quizás. Anciano, desde luego.

—Pero hasta los matemáticos tienen que ser jóvenes en un principio.

—Pero entonces carecen de reputación. Para cuando imponen su presencia y llaman la atención de la Galaxia, son como le he descrito.

—Me temo que yo carezco de reputación.

—Y, sin embargo, hablé en esa convención que han celebrado aquí.

—Muchos hablamos. Algunos más jóvenes que yo. A pocos nos prestaron atención alguna.

—Su charla, al parecer, atrajo la atención de algunos de mis funcionarios. Se me ha dado a entender que cree que es posible predecir el futuro.

Seldon se sintió de repente muy cansado. Esa tergiversación se iba a dar de forma constante. Quizá no debería haber presentado su ponencia.

—No del todo, en realidad. Lo que he hecho es mucho más limitado. En muchos sistemas, la situación es tal que, bajo ciertas condiciones, tienen lugar acontecimientos caóticos. Lo que significa que dado un punto de partida concreto, es posible predecir los resultados. Se da incluso en sistemas bastante sencillos, pero cuanto más complejo es un sistema, más probable es que caiga en el caos. Siempre se ha supuesto que algo tan complicado como es la sociedad humana caería en el caos muy pronto y sería, por tanto, impredecible. Lo que yo he hecho, sin embargo, es demostrar que, al estudiar la sociedad humana, es posible elegir un punto de partida y hacer las suposiciones apropiadas que reprimen el caos, lo que hace posible predecir el futuro, no en detalle, por supuesto, sino a grandes rasgos. No con toda certeza pero sí con probabilidades calculables.

El emperador, que había escuchado con atención, dijo:

—¿Pero eso no significa que ha demostrado que se puede predecir el futuro?

—Una vez más, no del todo. He demostrado que en teoría es posible, pero nada más. Para hacer más, en realidad tendríamos que elegir el punto de comienzo correcto, hacer las suposiciones correctas y después encontrar modos de realizar los cálculos en un periodo de tiempo finito. No hay nada en mi argumento matemático que nos diga cómo hacerlo. E incluso si pudiéramos hacerlo todo, en el mejor de los casos solo estaríamos calculando probabilidades. Eso no es lo mismo que predecir el futuro, no es más que suponer lo que tiene probabilidades de ocurrir. Un buen político, un buen empresario, cualquier ser humano con éxito en cualquier vocación, debe hacer esos cálculos sobre el futuro y además hacerlos con suficiente destreza, o nunca tendrá éxito.

—Lo hacen sin matemáticas.

—Cierto. Lo hacen por intuición.

—Con las matemáticas adecuadas, cualquiera podría calcular las probabilidades. No sería necesario ese ser humano poco común que tiene éxito gracias a una intuición notable.

—Cierto otra vez, pero yo me he limitado a demostrar que es posible el análisis matemático, no que sea práctico.

—¿Cómo puede ser que algo sea posible, pero no práctico?

—En teoría, yo podría visitar cada mundo de la Galaxia, sería posible, y saludar a cada persona de cada mundo. Sin embargo, en hacerlo tardaría mucho más años que los que me quedan por vivir e, incluso si fuera inmortal, el ritmo al que nacen los seres humanos es mucho mayor que el ritmo al que yo podría entrevistar a los ancianos, y los seres humanos ancianos morirían en gran número antes de que yo pudiera llegar a verlos.

—¿Y eso mismo es cierto en el caso de sus matemáticas del futuro?

Seldon titubeó un momento y después continuó.

—Podría ser que se tardara demasiado tiempo en realizar las operaciones matemáticas incluso aunque se tuviera un ordenador del tamaño del universo trabajando a velocidades hiperespaciales. Para cuando se recibiera una respuesta habrían transcurrido años suficientes como para alterar tanto la situación que la respuesta ya carecería de sentido.

—¿Por qué no se puede simplificar el proceso? —preguntó Cleón con aspereza.

—Majestad imperial... —Seldon tenía la sensación de que el emperador se iba poniendo cada vez más formal a medida que las respuestas iban gustándole cada vez menos y él respondió también con mayor formalidad—, considerad el modo en que los científicos han tratado el tema de las partículas subatómicas. Hay un número enorme de estas entidades y cada una se mueve o vibra de modo aleatorio e impredecible, pero resulta que ese caos tiene un orden subyacente que nos permite elaborar una mecánica cuántica que responde a todas las preguntas que sabemos hacer. Al estudiar la sociedad, ponemos a los seres humanos en el lugar de las partículas subatómicas, aunque ahora con el factor añadido de la mente humana. Las partículas se mueven sin sentido, los seres humanos no. Al tener en cuenta las varias actitudes e impulsos de la mente se añade tal complejidad que se carece de tiempo para ocuparse de todo.

—¿Y no podría la mente, al igual que el movimiento sin sentido, tener un orden subyacente?

—Quizá. Mi análisis matemático implica que el orden debe ser subyacente a todo, por desordenado que parezca, pero no nos ofrece indicios sobre el modo de hallar ese orden. Pensadlo, veinticinco millones de mundos, cada uno de los cuales con sus características generales y su cultura, cada uno un ente individual y significativamente diferente de todos los demás, y cada uno contiene mil millones o más de seres humanos, cada uno con una mente individual ¡y todos los mundos interactúan en formas y combinaciones innumerables! Por muy posible que sea un análisis psicohistórico, al menos en teoría, no es muy probable que se pueda hacer en un sentido práctico.

—¿Qué quiere decir con «psicohistórico»?

—Al cálculo teórico de probabilidades que se refiere al futuro lo llamo «psicohistoria».

El emperador se levantó de repente, se acercó al otro extremo de la habitación, se volvió, regresó y se detuvo junto a Seldon, que todavía permanecía sentado.

—¡Levántese! —le ordenó.

Seldon se levantó y alzó la cabeza para mirar al emperador, un poco más alto que él. Procuró no desviar la mirada.

—Esa psicohistoria suya —dijo al fin Cleón—. Si se pudiera convertir en algo práctico, sería muy útil, ¿no es cierto?

—Muchísimo, como es obvio. Saber lo que alberga el futuro, incluso de la forma más general y probabilística, sería una guía nueva y maravillosa para nuestras acciones, una guía que la humanidad no ha tenido jamás. Pero, por supuesto... —Hizo una pausa.

—¿Y bien? —inquirió Cleón con impaciencia.

—Bueno, sería de esperar que, salvo en el caso de unas cuantas de las personas que toman las decisiones, el público en general tendría que desconocer los resultados del análisis psichistórico.

—¡Desconocerlos! —exclamó Cleón, sorprendido.

—Está claro. Permitidme que intente explicároslo. Si se hace un análisis psichistórico y después se dan a conocer los resultados, las varias emociones y reacciones de la humanidad quedarían distorsionadas de inmediato. El análisis psichistórico que se basa en las emociones y reacciones que tienen lugar sin conocimiento del futuro carece entonces de sentido. ¿Lo entendéis?

Los ojos del emperador se llenaron de luz y se echó a reír a carcajadas.

—¡Maravilloso!

Le dio a Seldon una palmada en el hombro y el hombre se tambaleó un poco por el golpe.

—¿Es que no lo ve, hombre? —interrogó Cleón—. ¿No lo ve? Ahí está la utilidad. No hace falta que prediga el futuro. Límitese a escoger un futuro, un buen futuro, un futuro útil, y haga el tipo de predicción que altere las emociones y reacciones humanas de tal modo que se haga realidad el futuro que ha predicho. Es mejor hacer un buen futuro que predecir uno malo.

Seldon frunció el ceño.

—Ya veo a qué os referís, mi señor, pero eso es igualmente imposible.

—¿Imposible?

—Bueno, en cualquier caso, poco práctico. ¿No lo veis? Si no se puede empezar con emociones y reacciones humanas y predecir el futuro que harán realidad, tampoco se puede hacer lo contrario. No se puede empezar con un futuro y predecir las emociones y reacciones humanas que lo harán realidad.

Cleón parecía frustrado. Apretó los labios.

—¿Y su ponencia, entonces? ¿Es así como lo llama, ponencia? ¿De qué sirve?

—No era más que una demostración matemática. Era un punto interesante para los matemáticos, pero en ningún momento se me ocurrió que pudiera tener alguna utilidad.

—Lo encuentro repugnante —dijo Cleón con tono colérico.

Seldon se encogió un poco de hombros. En ese momento, más que nunca, supo que jamás debería haber dado la ponencia. ¿Qué sería de él si al emperador se le metía en la cabeza que lo había hecho quedar como un imbécil?

Y lo cierto era que Cleón no parecía muy lejos de pensar eso mismo.

—No obstante —dijo—, ¿y si hiciera predicciones sobre el futuro, ya sea con justificación matemática o sin ella; predicciones que los funcionarios del Gobierno, seres humanos cuyo trabajo es saber lo que es probable que haga el pueblo, juzguen que son del tipo que harán realidad reacciones útiles?

—¿Y por qué ibais a necesitar que las hiciera yo? Los funcionarios del Gobierno podrían hacer esas predicciones ellos mismos y se ahorraría el intermediario.

—Los funcionarios del Gobierno no podrían hacerlo de forma tan eficaz. Los funcionarios del Gobierno ya hacen declaraciones de ese tipo de vez en cuando. No siempre se les cree.

—¿Y por qué me iban a creer a mí?

—Usted es matemático. Habría calculado el futuro, no... no intuitivo, si es que esa es la palabra.

—Pero no lo habría hecho.

—¿Y quién lo iba a saber? —Cleón lo contempló con los ojos entrecerrados.

Se produjo una pausa. Seldon se sentía atrapado. Si el emperador le daba una orden directa, ¿sería seguro negarse? Si se negaba, quizá lo encarcelaran o ejecutaran. No sin un juicio previo, por supuesto, pero solo con ciertas dificultades se puede hacer que un juicio vaya contra los deseos de una burocracia más que severa.

—No funcionaría —dijo al fin.

—¿Por qué no?

—Si se me pidiera que predijera generalidades vagas, que no pudieran hacerse realidad hasta mucho después de la muerte de esta generación y quizá de la siguiente, tal vez pudiéramos salirnos con la nuestra, pero, por otro lado, el público no le prestaría mucha atención. No les importaría mucho una eventualidad resplandeciente que fuera a producirse dentro de un siglo o dos.

»Para conseguir resultados —continuó Seldon—, tendría que predecir asuntos de una trascendencia más marcada, eventualidades más inmediatas. El público solo respondería a estas. Pero antes o después y es muy probable que antes, una de esas eventualidades no se daría y mi utilidad terminaría en ese mismo instante. Y con eso es posible que también desapareciera vuestra popularidad y, lo que es peor, nunca más se apoyaría el desarrollo de la psicohistoria de modo que no habría posibilidad de que saliera nada bueno si los avances futuros en las percepciones matemáticas contribuyen a acercarla más al reino de lo práctico.

Cleón se tiró en una silla y miró furioso a Seldon.

—¿Y eso es todo lo que saben hacer los matemáticos? ¿Insistir en lo que es imposible?

—Sois vos, mi señor —dijo Seldon con una suavidad desesperada—, quien insiste en lo que es imposible.

—Déjeme ponerlo a prueba, hombre. ¿Supongamos que le pidiera que utilice sus matemáticas para decirme si seré asesinado algún día? ¿Qué diría?

—Mi sistema matemático no daría una respuesta a una pregunta tan concreta aunque la psichistoria trabajara a pleno rendimiento. Ni toda la mecánica cuántica del mundo puede hacer posible que se prediga el comportamiento de un solo electrón, solo el comportamiento medio de muchos.

—Usted sabe de matemáticas mucho más que yo. Haga una suposición bien fundamentada basándose en eso. ¿Me asesinarán algún día?

—Me tendéis una trampa, mi señor —dijo Seldon sin alzar la voz—. O me decís qué respuesta queréis y os la daré o bien me dais la libertad de daros la respuesta que desee sin que luego me castigéis.

—Hable como le plazca.

—¿Tengo vuestra palabra de honor?

—¿Lo quiere por escrito? —Cleón se puso sarcástico.

—Con que me deis vuestra palabra de honor será suficiente —dijo Seldon, al que se le había caído el alma a los pies porque no estaba muy seguro de que con eso bastase.

—Tiene mi palabra de honor.

—Entonces puedo decirles que en los últimos cuatro siglos, casi la mitad de los emperadores han sido asesinados, por lo que llego a la conclusión de que las posibilidades de que os asesinen son más o menos del cincuenta por ciento.

—Cualquier idiota puede dar esa respuesta —dijo Cleón con desdén—. No hace falta ser matemático.

—Pero ya os he dicho varias veces que mis matemáticas son inútiles para problemas prácticos.

—¿No podéis suponer siquiera que he aprendido las lecciones que me han dado mis desafortunados predecesores?

Seldon respiró hondo y se lanzó de cabeza.

—No, mi señor. La historia demuestra que no aprendemos de las lecciones del pasado. Por ejemplo, me habéis permitido entrar aquí y me habéis concedido una audiencia privada. ¿Y si tuviera en mente asesinaros? Que no lo tengo, mi señor —añadió Seldon a toda prisa.

Cleón sonrió sin ganas.

—Amigo mío, no tiene usted en cuenta nuestra meticulosidad, ni los adelantos tecnológicos. Hemos estudiado su historial, sus expedientes. Cuando llegó aquí, fue sometido a un escáner. Se analizaron sus expresiones e impresiones vocales. Conocíamos con detalle su estado emocional, prácticamente conocíamos sus pensamientos. Si hubiera habido la más mínima duda sobre su inocuidad, no se le habría permitido acercarse a mi persona. De hecho, no estaría vivo ahora.

Una oleada de náuseas bañó a Seldon, pero continuó.

—A los desconocidos siempre les ha resultado difícil llegar a los emperadores, incluso con tecnología menos avanzada. Sin embargo, casi todos los magnicidios han sido por un golpe de mano en palacio. Son aquellos que más cerca están del emperador los que suponen un mayor peligro para él. Contra ese peligro, el escrutinio de los desconocidos es irrelevante. Y en cuanto a vuestros funcionarios,

vuestra guardia personal, las personas de vuestro círculo íntimo, no podéis tratarlos como me tratáis a mí.

—Eso ya lo sé, y al menos tan bien como usted —dijo Cleón—. La respuesta es que trato a los que me rodean de forma justa y no les doy motivo para que se resientan.

—Es una tontería... —empezó a decir Seldon y después se detuvo, confuso.

—Continúe —dijo Cleón, colérico—. Le he dado permiso para hablar con libertad. ¿Por qué soy tonto?

—Se me escapó la palabra, mi señor. Quería decir «irrelevante». Cómo tratéis a vuestros íntimos es irrelevante. Debéis tener vuestras sospechas, sería inhumano no tenerlas. Una palabra imprudente como la que he utilizado yo, un gesto imprudente, una expresión dudosa y vos debéis de retiraros un poco al tiempo que entrecerráis los ojos. Y cualquier toque de suspicacia pone en marcha un círculo vicioso. El íntimo percibirá y le molestará esa sospecha y su comportamiento cambiará, por mucho que intente evitarlo. Vos lo percibiréis y vuestras sospechas aumentarán y, al final, o a él lo ejecutan o a vos os asesinan. Es un proceso que, según se ha demostrado con los emperadores de los últimos cuatro siglos es inevitable, y no es más que una señal de la creciente dificultad que supone dirigir los asuntos del Imperio.

—Entonces nada de lo que pueda hacer evitará el magnicidio.

—No, mi señor —dijo Seldon—, pero, por otro lado, es posible que tengáis suerte.

Los dedos de Cleón tamborileaban en el brazo del sillón.

—Es usted un inútil, hombre —dijo el emperador con dureza—, y su psicohistoria también. Déjeme solo. —Y con esas palabras el emperador apartó la vista y en un instante pareció tener muchos más de treinta y dos años.

—Ya he dicho que mis matemáticas os serían inútiles, mi señor. Mis más sinceras disculpas.

Seldon intentó inclinarse, pero a una señal que él no vio entraron dos guardias y se lo llevaron. La voz de Cleón lo siguió cuando salió de los aposentos reales.

—Devuelvan a ese hombre al lugar del que lo recogieron.

4

Eto Demerzel salió y contempló al emperador con el toque de deferencia correspondiente.

—Mi señor, habéis estado a punto de perder los estribos —dijo.

Cleón levantó la cabeza y, con un esfuerzo obvio, consiguió esbozar una sonrisa.

—Bueno, sí, así es. Ese hombre ha sido una gran decepción.

—Y sin embargo no prometió más de lo que ofreció.

—No ofreció nada.

—Y no prometió nada, mi señor.

—Fue una gran decepción.

—Más que una decepción, quizá —dijo Demerzel—. Ese hombre es una bomba de relojería.

—¿Una qué de qué, Demerzel? Siempre tienes alguna expresión extraña. ¿Qué es una bomba de relojería?

Demerzel contestó muy serio.

—No es más que una expresión que oí en mi juventud, mi señor. El Imperio está lleno de expresiones extrañas y algunas son desconocidas en Trantor del mismo modo que las de Trantor a veces se desconocen en otros sitios.

—¿Has venido a enseñarme que el Imperio es extenso? ¿A qué te refieres cuando dices que ese hombre es una bomba de relojería?

—Solo que puede hacer mucho daño sin pretenderlo necesariamente. No conoce su propia fuerza. Ni su importancia.

—¿Y eso es lo que deduces, Demerzel?

—Sí, mi señor. Es un hombre provinciano. No conoce Trantor ni sus costumbres. Es la primera vez que viene a nuestro planeta y no sabe comportarse como un hombre de la nobleza, como un cortesano. Y, sin embargo, se enfrentó a vos.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Le di permiso para hablar. Me olvidé del protocolo. Le traté como a un igual.

—No del todo, mi señor. No es propio de vos que tratéis a otros como iguales. Tenéis la costumbre de mandar. E incluso si intentarais tranquilizar a una persona, no habría muchos que lo consiguieran. La mayor parte se quedarían sin habla o, lo que es peor, se mostrarían serviles u os adularían. Este hombre se enfrentó a vos.

—Bueno, puede que tú lo admires por eso, Demerzel, pero a mí no me cayó bien. —Cleón parecía pensativo y descontento—. ¿Te diste cuenta de que no hizo el menor esfuerzo por explicarme sus matemáticas? Es como si supiera que no entendería ni una palabra.

—Y no la habríais entendido, mi señor. No sois matemático, ni científico de ningún tipo, ni artista. Hay muchos campos del saber en los que otros saben más que vos. Es su obligación utilizar ese conocimiento para servirlos. Vos sois el emperador, que vale más que todas las especializaciones puestas juntas.

—¿Ah, sí? No me importaría que me hiciera sentirme ignorante un anciano que ha ido acumulando conocimientos a lo largo de muchos años. Pero ese hombre, Seldon, solo tiene mi edad. ¿Cómo es que sabe tanto?

—No ha tenido que aprender y acostumbrarse a mandar, el arte de tomar decisiones.

—A veces, Demerzel, me pregunto si te estás riendo de mí.

—¿Mi señor? —inquirió Demerzel con un reproche en la voz.

—No importa. Volvamos a esa bomba de relojería que dices. ¿Por qué habrías de considerarlo peligroso? A mí me parece un provinciano ingenuo.

—Y lo es. Pero tiene esos conocimientos matemáticos.

—Dice que son inútiles.

—Vos pensasteis que podrían ser útiles. Yo también lo pensé después de que me lo explicarais. Otros podrían pensarlo. El matemático quizá termine pensándolo él también ahora que su mente se ha fijado en ellos. Y, quién sabe, puede que todavía encuentre algún modo de utilizarlos. Y si es así, poder predecir el futuro, por brumosa que sea la predicción, lo coloca en una posición de gran poder. Incluso si no ansía poder para sí, una especie de abnegación que a mí siempre me parece hartamente improbable, puede que otros lo utilicen.

—Yo intenté utilizarlo. No me lo permitió.

—No se lo había planteado. Quizás ahora lo haga. Y si no le interesaba que lo usarais vos, ¿no podría convencerlo acaso, digamos que el alcalde de Wye?

—¿Por qué iba a estar dispuesto a ayudar a Wye y no a nosotros?

—Como os explicó él mismo, es difícil predecir las emociones y comportamiento de los individuos.

Cleón frunció el ceño y se sentó con aire pensativo.

—¿De verdad crees que podría desarrollar esa psichistoria suya hasta el punto de que fuera útil de verdad? Está muy seguro de que no puede.

—Es posible que, con el tiempo, decida que se equivocó al negar la posibilidad.

—Entonces supongo que debería haberlo retenido —dijo Cleón.

—No, mi señor —dijo Demerzel—. Vuestro instinto acertó cuando lo dejó marchar. Una prisión, por disfrazada que estuviera, provocaría resentimiento y desesperación, que no le ayudaría ni a desarrollar más sus ideas ni a que quisiera complacernos. Es mejor dejar que se vaya como habéis hecho, pero mantenerlo en todo momento sujeto por una correa invisible. De este modo, podemos vigilar que no lo utilice ningún enemigo vuestro, mi señor, y asegurarnos de que cuando llega el momento y tenga su ciencia lista, podremos tirar de la correa y traerlo aquí. Entonces podríamos ser más... persuasivos.

—Pero ¿y si se hace con él un enemigo mío o, mejor, del Imperio? Después de todo, yo soy el Imperio. ¿O si motu proprio desea servir a un enemigo? Has de saber que no lo considero descartado.

—Ni deberíais. Me ocuparé de que no ocurra, pero si, a pesar de todos los esfuerzos, ocurre, sería mejor que nadie lo tuviera antes de que lo tuviera la persona equivocada.

Cleón lo miró, inquieto.

—Lo dejaré todo en tus manos, Demerzel, pero espero que no nos precipitemos. Ese hombre podría no ser, después de todo, más que el proveedor de una ciencia teórica que no funciona ni puede funcionar.

—Es muy posible, señor, pero sería más seguro dar por supuesto que es, o podría ser, importante. No perderíamos más que un poco de tiempo si averigua-

mos que nos hemos preocupado por un cero a la izquierda. Es posible que perdamos la Galaxia si averiguamos que hemos hecho caso omiso de alguien de gran importancia.

—Muy bien, entonces —dijo Cleón—, pero confío en no tener que conocer los detalles si resultan desagradables.

—Esperemos que no sea el caso —dijo Demerzel.

5

Seldon tuvo una tarde, una noche y parte de una mañana para recuperarse de su encuentro con el emperador. Al menos la cualidad cambiante de la luz dentro de los corredores, plazas y parques del sector imperial de Trantor hacía parecer que habían pasado una tarde, una noche y parte de una mañana.

Se había sentado en un pequeño parque, en un pequeño asiento de plástico que se moldeaba a la perfección a su cuerpo y estaba muy cómodo. A juzgar por la luz parecía media mañana y el aire tenía la frialdad justa para parecer fresco sin llegar a ser cortante.

¿Siempre era así? Pensó en el día gris que había hecho fuera cuando había ido a ver al emperador. Y pensó en todos los días grises, fríos y calurosos, en los días de lluvia y nieve de Helicón, su planeta natal, y se preguntó si en algún momento se echaría de menos algo así. ¿Era posible sentarse en un parque de Trantor con un tiempo ideal día tras día de modo que tuvieras la sensación de no estar rodeado de nada en absoluto y llegar a echar de menos el aullido del viento, un frío cortante o una humedad asfixiante?

Quizá. Pero no el primer día ni el segundo, ni el séptimo. Él solo podría disfrutar de aquello un día porque ya se iba al siguiente. Tenía intención de disfrutarlo mientras pudiese. Después de todo, quizá nunca volviese a Trantor.

Con todo, seguía inquieto por haber hablado con tanta libertad con un hombre que podía, a voluntad, ordenar su encarcelamiento o su ejecución, o, como mínimo, la muerte social y económica que suponía la pérdida de posición y estatus.

Antes de irse a la cama, Seldon había buscado a Cleón I en la parte enciclopédica del ordenador que tenía en la habitación del hotel. El emperador era objeto de grandes alabanzas como, sin duda, lo habían sido todos los emperadores en vida, sin reparar en lo que se mereciesen. Seldon no se había fijado en eso, pero le interesaba el hecho de que Cleón había nacido en palacio y jamás había abandonado sus terrenos. Nunca había estado en la propia Trantor, en ninguna parte de aquel mundo lleno de cúpulas. Era una cuestión de seguridad, quizá, pero lo que significaba era que el emperador estaba en una prisión, lo

admitiera él o no. Quizá fuera la prisión más lujosa de la Galaxia, pero era una prisión al fin y al cabo.

Y aunque el emperador le había parecido apacible y no había mostrado indicios de ser un autócrata empecinado como lo habían sido tantos de sus predecesores, no era buena señal haber atraído su atención. Seldon se alegraba de su regreso a Helicón al día siguiente, aunque fuera invierno (y hasta el momento un invierno bastante crudo) en su ciudad natal.

Levantó la cabeza y miró la luz brillante y difusa. Aunque jamás podría llover allí dentro, el ambiente estaba lejos de ser seco. Una fuente jugueteaba no lejos de él, las plantas eran verdes y seguramente jamás habían experimentado una sequía. De vez en cuando los arbustos susurraban como si un animal o dos se hubieran escondido allí. Oyó el zumbido de las abejas.

Lo cierto era que aunque en toda la Galaxia se hablaba de Trantor como si fuera un mundo artificial hecho de metal y cerámica, en ese pequeño trozo la sensación era de lo más rústica.

Había unas cuantas personas más disfrutando del parque. Había una mujer joven y bastante bonita no muy lejos de él, pero estaba inclinada sobre un visor y no le podía ver la cara con claridad. Pasó un hombre junto a él, lo miró un instante sin curiosidad y después se sentó en un asiento enfrente de él y se enterró en un fajo de teletipos, con una pierna, embutida en su ceñida pernera rosa, sobre la otra.

Había cierta tendencia hacia los tonos pastel entre los hombres, por extraño que pareciera, mientras que la mayoría de las mujeres vestía de blanco. Dado que estaban en un entorno limpio, tenía sentido vestir colores claros. Seldon se miró con aire divertido su traje heliconiano en el que predominaba un color marrón apagado. Si tuviera que quedarse en Trantor (que no era el caso), tendría que adquirir una ropa más adecuada o se convertiría en objeto de curiosidad, burlas o repulsión. El hombre de los teletipos, por ejemplo, había levantado la cabeza y lo había mirado con más curiosidad, intrigado sin duda por su ropa de otros mundos.

Para Seldon fue un alivio ver que el otro no sonreía. Podía tomarse con más o menos filosofía ser una figura burlesca, pero no esperaría nadie que encima lo disfrutase, ¿verdad?

Seldon observó al hombre con bastante discreción porque parecía haber entablado una especie de debate interno. En un momento dado daba la sensación de que iba a decir algo, después se lo pensaba mejor y al instante parecía querer hablar otra vez. Seldon se preguntó cuál sería el resultado.

Estudió al hombre. Era alto, bien parecido, con los hombros anchos y sin señales de panza alguna. Tenía el cabello oscuro con algún reflejo rubio, iba bien afeitado y lucía una expresión grave; lo envolvía un aire de fuerza, aunque no se le abultaba ningún músculo y tenía un rostro que era un tanto áspero, agradable, pero sin llegar en ningún momento a ser «guapo».

Para cuando el hombre perdió la batalla interna que libraba consigo mismo (o quizá la ganó) y se inclinó hacia él, Seldon había decidido que le caía bien.

—Disculpe —dijo el hombre—, ¿pero no estaba usted en el Congreso del Decenio? ¿Matemáticas?

—Sí, así es —dijo Seldon con tono afable.

—Ah, ya me parecía que lo había visto allí. Fue ese, y discúlpeme, momento de reconocimiento lo que me empujó a sentarme aquí. Si estoy interfiriendo...

—En absoluto. Solo estoy disfrutando de un momento de ocio.

—Veamos si acierto. Usted es el profesor Seldom.

—Seldon. Hari Seldon. No está mal. ¿Y usted?

—Chetter Hummin. —El hombre parecía un poco avergonzado—. Un nombre bastante casero, me temo.

—Nunca había conocido a ningún Chetter —dijo Seldon—. Ni a ningún Hummin. Así que eso lo convierte en alguien único, diría yo. Podría verse como algo mejor que las eternas confusiones con la infinidad de Haris que hay por ahí. O Seldons, si a eso vamos.

Seldon acercó su silla un poco más a Hummin, con lo que arañó las baldosas de cerámica ligeramente elásticas del suelo.

»Y hablando de cosas caseras —dijo—. ¿Qué le parece esta ropa de otro mundo que llevo? Jamás se me había ocurrido que debería comprarme un atuendo trantoriano.

—Podría comprarse algo —dijo Hummin mientras miraba a Seldon con una expresión de desaprobación contenida.

—Ya me voy mañana y, además, no podría permitírmelo. Los matemáticos tratan a veces con grandes números, pero nunca en sus ingresos. He de suponer que es usted matemático, Hummin.

—No. Talento cero en lo que a eso se refiere.

—Ah. —Seldon se desilusionó un poco—. Dijo que me vio en el Congreso del Decenio.

—Estaba allí como espectador. Soy periodista. —Agitó los teletipos. De repente pareció darse cuenta de que los llevaba en la mano y se los metió en el bolsillo de la americana—. Soy el que facilita el material para las holonoticias. —Y después, un poco pensativo—: La verdad es que estoy bastante cansado de eso.

—¿Del trabajo?

Hummin asintió.

—Estoy harto de reunir todas las sandeces de cada mundo. Odio esta espiral descendente.

Miró con aire inquisitivo a Seldon.

»Pero a veces aparece algo interesante. He oído que se le ha visto en compañía de un guardia imperial y rumbo a las puertas de palacio. No le recibiría por casualidad el emperador, ¿verdad?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Seldon.

—Si así fuera, no es precisamente algo de lo que pudiera hablar para su publicación.

—No, no, no para publicarlo. Si todavía no lo sabe, Seldon, déjeme ser el primero en decírselo. La primera regla en el negocio de las noticias es que jamás

se dice nada sobre el emperador o su séquito personal salvo lo que se divulga de forma oficial. Es un error, por supuesto, porque entonces empiezan a volar rumores que son peores que la verdad, pero así son las cosas.

—Pero si no puede informar de ello, amigo mío, ¿por qué pregunta?

—Pura curiosidad. Créame, en mi trabajo sé mucho más de lo que llega jamás a la holovisión. Déjeme adivinar. No seguí su ponencia, pero tengo entendido que hablaba sobre la posibilidad de predecir el futuro.

Seldon sacudió la cabeza.

—Fue un error —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Nada.

—Bueno, las predicciones, unas predicciones precisas, interesarían al emperador o a cualquier hombre de gobierno, así que he de suponer que Cleón, primero de ese nombre, inquirió sobre ello y le pidió que tuviera la amabilidad de hacerle unas cuantas predicciones.

Seldon le contestó con frialdad.

—No tengo intención de comentar ese tema.

Hummin se encogió de hombros con gesto ligero.

—Eto Demerzel estaba allí, supongo.

—¿Quién?

—¿Nunca ha oído hablar de Eto Demerzel?

—Nunca.

—Es el *alter ego* de Cleón, el cerebro de Cleón, el espíritu maligno de Cleón. Se le ha llamado todas esas cosas, y eso si nos limitamos a los términos no injuriosos. Seguro que estaba allí.

Seldon lo miró confuso.

»Bueno, puede que usted no lo haya visto —dijo Hummin—, pero estaba allí. Y si cree que usted puede predecir el futuro...

—No puedo predecir el futuro —dijo Seldon sacudiendo la cabeza con vigor—. Si escuchó mi ponencia, sabrá que solo hablé de una posibilidad teórica.

—Es igual, si él piensa que usted puede predecir el futuro, no le dejará marchar.

—Pues debió de dejarme marchar. Aquí estoy.

—Eso no significa nada. Sabe dónde está y seguirá sabiéndolo. Y cuando quiera verlo, irá a por usted, da igual dónde se encuentre. Y si decide que es usted útil, lo irá exprimiendo hasta que deje de serlo. Y si decide que es usted peligroso, lo irá exprimiendo hasta dejarlo sin vida.

Seldon se quedó mirando.

—¿Qué está intentando hacer? ¿Asustarme?

—Estoy intentando advertirlo.

—No creo ni una palabra de lo que dice.

—¿Ah, no? Hace un momento dijo algo sobre un error. ¿Estaba pensando que presentar esa ponencia fue un error y que le estaba metiendo en el tipo de lío en el que no quiere estar metido?

Seldon se mordió el labio inferior con aire inquieto. Esa era una suposición que se acercaba demasiado a la verdad, y fue en ese momento cuando Seldon notó la presencia de unos intrusos.

No arrojaron ninguna sombra, no había el tipo de luz que arrojaba sombras, era demasiado suave y generalizada. No fue más que un movimiento que advirtió por el rabillo del ojo y después se detuvo.